

Distr.  
RESTRINGIDA  
E/CEPAL/SEM.10/R.11  
12 de septiembre de 1983  
ORIGINAL: ESPAÑOL

---

C E P A L  
Comisión Económica para América Latina

Seminario sobre Cambios Recientes en las  
Estructuras y Estratificación Sociales  
en América Latina. Análisis Comparativo  
de Países y Perspectivas Regionales en  
los '80.

Santiago de Chile, 12 al 15 de septiembre de 1983



EL CARIBE Y SU ESTRUCTURA DE CLASES INCOMPLETAS:  
ENSAYO SOBRE LA LOGICA DE SUS NEGOCIACIONES  
CON LOS PAISES METROPOLITANOS

Este trabajo ha sido preparado por el señor Jean Casimir. Las opiniones expresadas en este documento son de la exclusiva responsabilidad de su autor y pueden no coincidir con las de la Organización.

83-8-1458



## EL CARIBE Y SU ESTRUCTURA DE CLASES INCOMPLETAS

Ensayo sobre la lógica de sus negociaciones

con los países metropolitanos

Se admiten muchos trabajos de prospectiva en donde se diseñan escenarios económicos al año dos mil. Dichos trabajos, muy serios, sirven para planificar las medidas que conviene tomar actualmente con el fin de alcanzar ciertas metas en el horizonte señalado. Deseamos advertir al lector que la reflexión que se ofrece, a pesar de remontar hacia un pasado remoto, apunta en la misma dirección. No es sin embargo la descripción de un escenario futuro. Trata de buscar el hilo conductor de ciertas tendencias que se creen observar en el desenvolvimiento de las estructuras sociales caribeñas y lleva a sus últimas consecuencias la proposición explicativa que se formula. La pretensión del trabajo es la de contribuir a una teoría del desarrollo del Caribe. No obstante en vez de enfatizar sus relaciones internas, enfoca sus relaciones con los países colonialistas y por esa vía muestra sus vinculaciones con América Latina. Constituye deliberadamente una lectura parcial y esquemática que fundamenta una hipótesis de trabajo (y de acción).

### 1. El acceso a los bienes de producción

Proponer y reclamar enfoques específicos para el estudio de los países caribeños, implica una larga serie de hipótesis de trabajo que no se han terminado de codificar. Parece importante iniciar la reflexión con la constatación siguiente: las sociedades civiles del Caribe surgen en el marco de estados metropolitanos diseñados para prevenir tal tipo de desarrollo. Es decir que entre la sociedad civil y el Estado existe una contradicción inicial, y la historia de la región no es otra cosa sino la lenta solución de dicha contradicción. Para ejemplificar esa aserción se puede proponer que la familia en la región es un producto de las luchas de clases y no un elemento constitutivo de la sociedad colonial. El Estado antecede a la familia, a la comunidad y a la nación.

El párrafo anterior trata desde luego del Estado colonialista. Esta poseía literal y legalmente todo el Caribe y todo lo que se encuentra en el Caribe. El capital y el trabajo ambos pertenecían a dicho estado, que ejercía sus derechos en un principio por intermedio de grandes compañías comerciales, y luego a través de la administración y el ejército coloniales, ayudados por una plantocracia de mayor o menor envergadura. Notemos que no eran los plantadores quienes conminaban la presencia de los poderes políticos metropolitanos, sino estos últimos los que convocaban o hacían posible la actividad empresarial. La vida diaria de los plantadores y de los administradores constituían la base de la sociedad civil colonial (y anti-nacional).

Se traspasó la propiedad privada de los medios de producción a la plantocracia dentro de este marco, y el proceso productivo se organizó siempre y cuando el estado colonialista era capaz de asegurar militarmente su monopolio

sobre los recursos de capital y trabajo. La burguesía comercial y financiera metropolitana dirigía el proceso de producción gracias y por intermedio de su inserción en el estado colonialista.

De ello resultaba que la población colonizada, -es decir la población de la colonia menos la plantocracia y sus empleados- solamente accedía a los medios de producción en la medida en que podía sustraerse del sistema vigente. Así nació lo que hemos llamado la contra-plantación y con ella la cultura oprimida. Se trata de un sistema productivo bastante similar a la producción mercantil simple campesina, y que se diferencia de esta última por su relación insoslayable con el sistema de plantación y la cultura colonialista que lo acompaña. La contra-plantación y la cultura oprimida local constituyen los núcleos primarios de la sociedad nacional caribeña.

Es preciso distinguir pues un tipo de sociedad civil, la cual por ser colonizada no se expresa en instituciones políticas correspondientes, y un tipo de estado, el cual por su naturaleza colonialista, no se apoya en una sociedad civil colonizada.

## 2. Negociación social y escala de estratificación

Ya que estamos enfocando unas sociedades colonizadas, hay que tener presente que la lucha de clases no se podía actualizar y manifestar de manera nítida. Usando un anglicismo, nos permitiremos proponer que la lucha potencial nunca era "actual". En otras palabras, el nivel de realidad de lo potencial y virtual permanecía a veces tan embrionario que no se traducía necesariamente en procesos y movimientos sociales de referencia empírica. Las luchas de clases en una colonia relativamente grande y montañosa, poseída por una metrópoli en profunda crisis, Francia entre 1780 y 1804, difieren sustancialmente de los que se puede observar en una isla pequeña dominada por el Imperio Británico en pleno ascenso. Tal es la base de la diferencia entre la tempranera independencia de Haití y la situación de Montserrat que todavía escoge deliberadamente permanecer como una colonia de la Corona. La racionalidad del presente apego de Montserrat a Inglaterra o de Puerto Rico, Martinica, Guadalupe y las Antillas Neerlandesas y sus metrópolis respectivas, constituye el tema de esta ponencia. Se quiere mostrar que la obtención de la independencia en las otras islas sigue conservando elementos de dicha lógica por razones estructurales ajenas a una lealtad para con las potencias colonialistas. Se propone considerar el apego a la metrópoli como un cálculo social similar a la búsqueda de la independencia formal.

En la medida en que el estado colonialista es capaz de implementar sus designios, determina por la misma vía los marcos únicos de desenvolvimiento de las relaciones sociales. La posibilidad de mejorar las condiciones y niveles de vida se encuentra así fijada por el estado colonialista. Se produce lo que se ha tipificado como proceso de criollización, aculturación o de movilidad social ascendente. El proceso de criollización en las colonias opera en la medida en que se consigue impedir el desarrollo de la lucha de clase y legitimizar la escala de estratificación.

La población ubicada en estos contextos no tiene otra alternativa sino de aprender las normas y principios del colonialismo y de procurar debilitar los excesos de la explotación colonial dentro del propio sistema normativo colonialista. Se entenderá, dado el marco rígido a que se hace referencia, que se materializan formas variadas de capilaridad social incapaces de afectar las estructuras coloniales. De ahí surgen las clases medias diminutas de los países colonizados, así como las características propias de la escala de estratificación que los caracteriza.

Es preciso subrayar en primer lugar que no se ha llegado a esta solución sin un paso previo, a saber la materialización de la lucha abierta de clases en condiciones obvias de inviabilidad de la misma. Las luchas suicidas de las poblaciones indígenas resultaron en los grandes genocidios que limpiaron las islas caribeñas de sus pobladores amerindios. , Para eliminar toda duda en cuanto a su sentido profundo, dichas luchas fueron acompañadas de suicidios colectivos en el caso de la población caribeña y de envenenamientos e infanticidios frecuentes entre la población esclavizada de origen africana.

En segundo lugar, es necesario apuntar inmediatamente lo incorrecto del concepto de luchas de clases en el contexto colonial. La imposibilidad de negociar un arreglo aceptable que antecedió a los procesos de aculturación y movilidad social ascendente indica la vigencia de las luchas nacionales, o entre naciones, unas conquistadoras otras conquistadas. A esta solución extrema, se sustituye a la postre esta forma de negociación que supone el admitir, al menos de principio, el sometimiento y la derrota y que desemboca en la llamada aculturación. El desenvolvimiento inconspicuo de las luchas nacionales por debajo de los procesos patentes de movilidad social y de integración en el sistema colonial, debe concebirse como el proceso de formación de las naciones o talvez de la nación caribeña, the nation-building process.

### 3. Razas y clases sociales

Si para las ciencias sociales contemporáneas es bastante fácil confundir las luchas de clases con las de liberación nacional en el contexto caribeño, no cabe duda que lo mismo opera para la población local. En la región, la nación colonizada nace y se desenvuelve en el seno mismo del estado colonialista - aunque no en el seno de la nación colonialista. Esta forma de inbricación y la necesidad de definirse dentro y en oposición a un todo mayor constituyen uno de los aspectos fundamental de la especificidad del Caribe. Dicha especificidad se traduce no solamente en estructuras ideológicas peculiares, sino en una distribución geográfica de la nación caribeña que se asemeja en muchos aspectos a los fenómenos que caracterizan la diáspora judía.

El hecho es que la percepción de la lucha de clases en el Caribe toma un matiz a veces muy irritante para quienes la observan desde afuera y muy particularmente para los revolucionarios latinoamericanos. Para nosotros la lucha de clases en casi todos los casos es inmediatamente una lucha entre los locales y los extranjeros, es decir una lucha anti-imperialista. No se toma nota de una mediación de una clase dominante local o de una supuesta burguesía nacional. Dichos términos no se usan desde luego en el discurso vernacular, en donde la oposición para con los extranjeros se expresa en una oposición entre blancos y negros.

Este hecho merece todo un estudio socio-lingüístico todavía por hacerse. Nosotros somos los negros, y aquí se incluye cuando el discurso se refiere a la sociedad local, al europeo pobre que se asentó como leñador, filibustero, trabajador a contrata (36 meses) y al mulato, junto con sus descendientes. En caso de enfocar las relaciones internacionales, el término abarca después de tres siglos de historia común, al "blanco" y "mulato" ricos, cuyos linajes remontan tan lejos como los de cualquier otro grupo. Ahora bien en el desarrollo concreto de los disturbios y de las protestas, se saldan muchas cuentas y el "blanco" o "mulato" rico puede verse identificado con el extranjero.

La clase dominante colonial, "el blanco", era en un nivel, el plantador y el administrador colonial. Ahora bien, la clase dominante colonial, "el blanco" era en un nivel, el plantador y la administración colonial que lo definía. Ahora bien, ya que muy pocas islas del Caribe estuvieron bajo la

dominación de una sola potencia colonial - y creo que solamente Barbados está en esta situación - cada nueva conquista definía a nuevos plantadores, nuevos "extranjeros", nuevos "blancos". Aquellos que poseían la nacionalidad de la potencia vencida pasaban a una posición subalterna en el sistema de dominación, con todo lo que significaba en cuanto a la reformulación de su trato con la población esclavizada. Dominica y Santa Lucía ejemplifican este proceso durante la segunda parte del siglo XVIII y Trinidad durante el XIX. En esta forma unos europeos devienen sino en explotados, al menos en sujetos de discriminaciones por los "extranjeros" colonialistas, "los blancos" más recientes.

Se renovaba pues regularmente el grupo de los petits blancs los cuales muy pronto al verse cortados de sus madres patrias respectivas, comenzaban a mezclarse racialmente y a "criollizarse" es decir a adoptar la cultura local dominada. El proyecto nacional de la aristocracia mulata de Dominica en el siglo XIX, es el mejor ejemplo encontrado al respecto. Las actuales expresiones French creoles en Trinidad y mulâtres en Haití apuntan en la misma dirección. Estas personas pueden ser racialmente blancas, pero, valga la expresión, no lo son nacionalmente.

Uno está justificado en pensar que el término blanco se usa para significar según el contexto del discurso, el plantador, el colonialista, el extranjero. El negro se refiere siempre al nosotros en toda su variedad: trabajador, empleado, campesino, racialmente negro, blanco, pobre, rico, pero siempre "indígena". En Trinidad durante y después de los disturbios de 1970, se distinguen dos tipos de negros: los descendientes de Africanos y los East Indians. Todo acontece como si en una región donde desaparecieron los amerindios, el término negro pasara a ser sinónimo de lo que en América Latina se llama indígena y mestizo. Como toda la población local desciende de inmigrantes, uno va teniendo capas sucesivas de "indígenas". En los países caribeños donde los negros son minoritarios, - las antiguas colonias españolas - el término criollo juega el mismo papel. Al hablar de cultura criolla, uno quiere significar la cultura local.

Parece pues que los contornos de la sociedad civil en el Caribe, por haber estado siempre organizándose si no en franca oposición, al menos con independencia de los objetivos de las potencias coloniales, venían experimentando reformulaciones sucesivas en su tipo de concierto social, al paso que los estados metropolitanos profundizaban su estructura capitalista. Las sociedades civiles colonizadas hubieran ido heredando y absorbiendo grupos infra-ordenados del sistema opresor, los cuales, de buena o de mala gana, pasarían paulatinamente a compartir ciertos intereses nacionales propios de los grupos.

primarios de la sociedad civil colonizada. Los nuevos "negros" nuevos locales o criollos hubieran ido experimentando los afres del colonialismo, aunque no los rigores de la esclavitud, del trabajo a contrata y del peonaje. Conservan evidentemente sus intereses de clase que hacían presentes en la organización del sistema político y social local, es decir irían defendiendo su posición dentro de las instituciones encargadas de regular la vida diaria en la sociedad colonizada.

#### 4. La creación de una clase dominante local.

Se recordará que el sistema de plantaciones se inició por Inglaterra, en las pequeñas islas. Francia participó del reparto colonial, pero su marina pudo adueñarse de muy pocas islas de pequeño tamaño. Vale traer a colación, para dar una idea de lo importante de la pequeñez de un territorio tropical, que esta última potencia prefirió la isla de Guadalupe al Canadá, que Voltaire llamaba despectivamente "quelques arpents de neige". En una palabra, la producción en plantaciones al suponer la posibilidad para la potencia colonialista de asegurar al menor costo posible tanto la defensa del territorio colonial como el orden interno en el mismo, mas pequeño era el territorio, mas productivo resultaba. A fines del siglo XVII y sobre todo durante el XVIII, mientras dificultaban el funcionamiento normal de la fórmula de colonización española, Inglaterra y Francia dejaron de interesarse en establecer colonias de poblamiento. En sus colonias de explotación, el sistema que organizaron se mantenía y se reproducía con un mínimo de participación de los grupos sociales locales. El grado de libertad de las clases sociales, incluyendo los dominantes, se veía así reducido a su mínima expresión.

Los plantadores del Caribe a todas luces no podían controlar el territorio colonizado sin el apoyo irrestricto de una potencia externa. La proporción de esclavizados por blanco alcanzaba 20 a 1, en un sistema de plantación bien desarrollado (v.g. St. Domingue) A su vez, los esclavizados y a la postre los trabajadores emancipados nunca pelearon contra la sola clase de plantadores, sino contra la marina metropolitana. El país colonizado no era capaz de emprender algún tipo de desarrollo económico sin una vinculación metropolitana. El mercado de capital y por ende toda posibilidad de realizar el producto se determinaba en y por las metrópolis. La producción de víveres y el policultivo campesino florecieron en el siglo XIX, pero dicha producción no lograba convertirse en dinero, ni mucho menos en capital. En el mercado metropolitano se decidía qué género se trocaba por dinero y qué tipo de relaciones de intercambio prevalecía entre lo exportado y lo importado. En otras palabras, como afirma un observador de Dominica, la población se encontraba en la necesidad, no de alimentos sino de dinero.



Si se entiende por clase dominante aquella que es capaz de diseñar un proyecto de sociedad y de organizar los recursos existentes para satisfacer los requerimientos del mencionado proyecto, se sigue que el Caribe nunca ha tenido una clase dominante. Se propone considerar a su estructura de clases como incompleta. Posee únicamente clases en diversos grados dominadas. Los plantadores están a merced de la burguesía comercial metropolitana, los esclavizados y los trabajadores emancipados que les suceden están a merced de los plantadores o más exactamente de la máquina opresora que permite la existencia del plantador.

Se notará que la proposición anterior, a saber que la estructura de clases de la sociedad caribeña es incompleta, se aparenta a las reflexiones derivadas de la teoría de la dependencia. La diferencia es que en este último cuerpo de ideas se supone la existencia de un estado nacional actual o potencial, lo cual no se postula en el presente análisis. Se está observando un estado colonial y mas adelante se propondrá que la misma situación opera en el estado neocolonial . Se está sugiriendo que la clase dominante caribeña - si es que merece este calificativo- es una creación diaria de la metrópoli, sin cuyo auspicio deja inmediatamente de existir. La contradicción metrópoli-colonia es siempre primaria mientras que la oposición clases dominantes-clases dominadas locales es secundaria y subordinada a la primera. La sustitución de los plantadores ingleses a los franceses en Dominica como en Santa Lucía es la prueba más patente de lo dicho. Hemos expresado la misma idea al proponer en repetidas ocasiones que en el Caribe a nivel local las estructuras políticas determinan el quehacer económico y no al revés. Creemos que si bien a escala mundial se puede sostener que las estructuras económicas determinan las políticas, no se pueden encontrar evidencias de que su modo de operar en las colonias y neocolonias sea similar. El tipo de estado colonial (o neo-colonial) define el tipo vigente de economía.

5. Geopolítica y uso de la fuerza de trabajo

La explotación económica del Caribe por las potencias coloniales no sobrevivió al Siglo XVIII. En el XIX, la aristocracia latifundista y la fuerza de trabajo seguían ambos pobres aunque en grado diverso. Los plantadores no se quejaban de explotación por parte de las metrópolis, sino de caer en olvido de una madre patria ingrata. La región poseía un solo recurso de importancia para el desarrollo imperialista, a saber su posición estratégica. No podía caer en un vacío político paralelo al vacío económico que caracteriza a América Latina en el siglo anterior.

Hasta que se resolvieron las luchas entre las potencias imperialistas ningún país de la región consiguió la independencia. Las frecuentes intervenciones militares en Haití, su ocupación durante los primeros años del presente siglo y su mantenimiento en tutelaje económico hasta la segunda guerra no son sino momentos en la cancelación de lo conseguido por la Revolución de 1803. La guerra de independencia de Cuba y la creación subsecuente de un estado neo-colonialista como modelo de organización política así como la ocupación de la República Dominicana y los fenómenos que la siguieron apuntan en el mismo sentido. Me atrevería a proponer que la independencia política surge en el Caribe después de la Segunda Guerra Mundial. En la de la República Dominicana se malogra y quedan dos tipos de independencia: la de la Cuba revolucionaria por un lado, y la del Caribe inglés por el otro. En el primer caso se rompe con el neo-colonialismo creando un estado socialista con el masivo apoyo de la Unión Soviética, y en el segundo se está negociando a duras penas -a través de la Federación, del Carifta y ahora del Caricom- un tipo de estado independiente. A partir de 1975, los demás países del área emprenden el mismo camino de manera todavía muy tímida con la creación del Comité de Desarrollo y Cooperación del Caribe (CDCC).

El papel geopolítico desempeñado por el Caribe en el mapa mundial del Siglo XIX en adelante se completa con un rol pasivo en las esferas económicas. Fuera del azúcar, la región produce muy poca cosa; e incluso en este caso es preciso proteger la producción contra el libre juego de las leyes del mercado al subvencionarla y al crear un sistema garantizado de cuotas. Todo ello no impide la racha de disturbios obreros que cunde en las colonias o la necesidad de sostener en las neo-colonias férreas dictaduras militares. Es en este momento y solamente en éste que se plantean los temas de la autonomía política -el self-government- y del sufragio universal. Estas medidas junto con las políticas de desarrollo que se implementan después de la guerra -desarrollo entendido como mejoría en los niveles de vida- permiten el surgimiento de una clase media, fenómeno que no se observaba en el Caribe desde los tiempos de los emancipados en el Siglo XVIII.

En la primera mitad del Siglo XX, mientras se degrada la participación caribeña en el mercado de productos y materias primas, su fuerza de trabajo se internacionaliza al paso que se afianza el sistema imperialista mediante el desenvolvimiento de las compañías transnacionales. Comienza la migración laboral rumbo a los efímeros polos de crecimiento de la cuenca. Se inicia con la contratación en la construcción del Canal de Panamá, en las plantaciones de azúcar y de banano de Cuba, República Dominicana y América Central, así como en los campos petroleros de Venezuela y de las Antillas Neerlandesas. Las remesas de dinero hacia los países de origen no resuelven el marasmo de las economías locales, ni impiden los disturbios obreros referidos anteriormente.

Después de la Segunda Guerra, no se producen cambios relevantes en las estructuras económicas locales. El desarrollo del turismo y de la economía minera favorece al progreso de las transnacionales que los patrocinan y la forma de participación de la mano de obra en estas actividades no se distingue de lo que se observó a principios de siglo en Panamá o Venezuela. La migración intracaribeña es sustituida por una de largo alcance, pero sí se observan esta vez mejorías notables en los niveles de vida de los países colonizados.

En otras palabras, se dan conjuntamente en las colonias caribeñas de postguerra un incremento en los servicios al alcance de la población y una emigración sin precedente. Las grandes ciudades del Norte del Atlántico son todas sitiadas por caribeños, mientras la educación, la salud pública, la seguridad social registran progresos notables. Cuarenta años después de la guerra, los países no independientes (con excepción de Montserrat) tienen incontestablemente los más altos niveles de vida de todo el Caribe. Las Antillas Neerlandesas, Guadalupe, Martinica y Puerto Rico, no pueden enarbolarse como modelos de organización económica, pero no dejan de ser para los trabajadores de las islas vecinas, ejemplos del buen vivir.

La migración antes y después de la Segunda Guerra tiende a producir una equiparación de los niveles de vida, aunque no necesariamente de los salarios, de los trabajadores. Antes de la Guerra no es evidente que el pago a la fuerza de trabajo empleada en el Caribe puede concebirse como un salario. Los trabajadores comienzan a recibir pagos por este concepto al migrar hacia los llamados polos de crecimiento. Sus remesas de dinero son un primer elemento de equiparación de los niveles de vida, pero no parecen suficientes para explicar los progresos observados, particularmente en vistas del hecho de que son mucho más notables en los países no independientes, cuyo proceso de emigración no parece marcadamente diferente.

Junto con la aceleración de la diáspora caribeña los países metropolitanos -Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Holanda, realizaron

inversiones en pro de la mejoría de los niveles de vida en la región. Pueden interpretarse sea como medida de contención de las corrientes migratorias, sea como esfuerzos de calificación de la mano de obra que se dirige a las metrópolis; en uno u otro caso nos parece que se pueden considerar como un precio por el uso de la posición estratégica de los territorios referidos. Los países no independientes serían aquellos que más se usaron a fines estratégicos y que por tanto mejores pagos recibirían. Se está pues proponiendo que la diferencia entre los niveles de vida en Barbados y Martinica, Curacao y St. Kitts, Haití y Puerto Rico, se debe menos a una diferencia en las estructuras económicas indígenas sino al valor de estos territorios en la geopolítica mundial.

Indudablemente que algunos de los países metropolitanos mencionados y muy especialmente Holanda ya carecen de intereses estratégicos vitales en el Caribe y con gusto repetirían la política británica consistente en deshacerse de una carga que para ellos perdió mucho su razón de ser. Volvemos sobre este último punto. Vale simplemente apuntar aquí que Holanda bien conseguiría este propósito si no fuera la férrea oposición de la población involucrada. Esta, al no percibir ventaja económica en la independencia política sostiene que "es una actitud tan colonialista la de ocupar un país contra su voluntad, como la de obligarle contra esta misma voluntad a acceder a la independencia". Se esconde la lógica de la negociación internacional en el Caribe en el porqué de esta forma de oponerse a los designios de las potencias colonialistas.

6. Los términos de la negociación social

Ahora bien, si los niveles de vida en los territorios no independientes se comparan favorablemente a los de los demás países del Caribe, no dejan de ser patentemente inferiores a los de las clases dominadas metropolitanas. De donde surge una de las consecuencias no previstas del colonialismo y neo-colonialismo. A diferencia de la integración en el mercado de trabajo de los migrantes europeos del siglo XIX, la absorción de los trabajadores colonializados en lo que va de este siglo, lejos de destruir sus lealtades nacionales, las enardece. No solamente recrean en tierra ajena "la patria chica" y sus profundas diferencias sino que sostienen la vida económica isleña con sus remesas de dinero y enriquecen su cultura peculiar con nuevas producciones.

En las colonias y neo-colonias del Caribe, todo acontece como si la reproducción de la cercanía y la de la diferencia con la metrópoli fueran dos parámetros inseparables de la negociación del valor de dichos territorios. La entrega a las colonias y neo-colonias de los servicios requeridos por la población se obtiene si se conserva un vínculo con la metrópoli, pero si al mismo tiempo uno no se confunde con los metropolitanos. Lo que se negocia con la metrópoli, no es un status político, ni una autonomía económica. La forma y el carácter de las instituciones políticas y económicas pueden variar en un sentido de mayor o menor auto determinación. Lo esencial parece ser asegurar en el trato con la metrópoli la garantía de un nivel de vida y de un respeto de las libertades humanas, crecientes. Este énfasis en la calidad de la vida en vez del carácter de las instituciones que regulan la sociedad, se debería, a la peculiaridad de la estructura de clases, la cual carece, como sugerimos, de grupos dominantes monopolizadores de la negociación social. La ideología y la retórica independentista no pueden oscurecer los problemas concretos de producción de la vida material. La diferencia entre los procesos de liberación nacional caribeños y latinoamericanos se situaría a este nivel.

La proposición anterior explicaría porqué la problemática del capitalismo vs. socialismo o comunismo, planteada como alternativa de desarrollo económico y social, no logra merecer un escrutinio detenido de la opinión pública caribeña. El aparato económico local, i.e. el tamaño y el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas locales, es demasiado endeble para recibir un tratamiento de este tipo. Dentro del sistema económico mundial, el Caribe no puede soñar con una producción endógena y autosustentada. Su presencia dentro de un sistema imperial es ineludible. No obstante, en la medida en que dicha presencia se hace palpable, se perpetúan la falta de asimilación al mencionado sistema, y los términos de la negociación social.

Trátase de los niveles de vida de los trabajadores que viven en el Caribe o en las metrópolis, se notará que se consiguen mejorarlos en una negociación que casi siempre involucra el estado metropolitano o sus personeros económicos. Se producen desde luego protestas contra los gobiernos locales como en Curacao (1969) o en Trinidad (1970), pero a fines de cuenta las mejorías se obtienen directa o indirectamente de las transnacionales.

Como no todos los países hospedan empresas transnacionales, y recursos mineros de interés para las mismas, la diferencia en su poder de negociación introduce ciertos matices en nuestra proposición básica. Sin embargo sigue siendo válida a saber que, con excepción de Cuba, los niveles de vida son en general más altos en los países que llegan a la "independencia" después de la Segunda Guerra y dentro de éstos, son todavía más elevados en aquellos que no se emanciparon del todo del coloniaje. En cualquiera de estos últimos países la desigualdad en la distribución del ingreso es varias veces menor que en Haití y la República Dominicana y los recursos y servicios a disposición de la población sensiblemente superiores.

Se pueden distinguir en el presente siglo los siguientes tipos de países caribeños:

- a) Los países neo-coloniales a saber aquellos que fueron "ocupados" por los Estados Unidos en fecha reciente y que se "independizaron" antes de la Segunda Guerra: son la Cuba pre-revolucionaria, la República Dominicana y Haití;
- b) los países coloniales y que siguen dependientes: Montserrat, Puerto Rico, Guadalupe, Martinica y las Antillas Neerlandesas;
- c) las colonias que se "independizaron" después de la Segunda Guerra, es decir los países de la Comunidad Caribeña; y Suriname (con respecto al cual nuestras informaciones son insuficientes). En las neo-colonias que se desocuparon, Cuba, Haití, República Dominicana, la estructura de clases es tan incompleta como en los demás países. El ejército popular cubano, de hecho, no venció la clase dominante local y su ejército, sino al mero imperialismo norteamericano, como el discurso de la Revolución y la historia post-revolucionaria lo muestra. Ahora bien, sea por las características de la colonización española, sea por la historia independiente del Haití decimonónico cuajaron en estos países sectores criollos latifundistas que entretienen con el resto de la población relaciones sociales bastante similares a las que observan en el continente latinoamericano. Dichos sectores viven monopolizando las negociaciones con el exterior, facilitando la creación por los Estados Unidos de burocracias civiles y militares de donde surgieron entre otros Trujillo, Batista y Magloire. Los voluntarios de la Seguridad Nacional o Tonton Macoute son una creación haitiana, pero no difieren de los ejércitos mencionados en cuanto a la fuente de su poder. En la

negociación social que se establece entre estos países y los EEUU, se realizaron sendas inversiones que no logran mejorar sustancialmente las estructuras productivas y los niveles de vida de la población. Las burocracias militares y civiles se quedaron con los beneficios de dichas inversiones y la población con su miseria proverbial.

En los países coloniales y que siguen siendo dependientes, las fuerzas armadas siendo un ejército colonial, una vez que se consigue la autonomía (self-government) la burocracia local confronta la necesidad de legitimizar su existencia y de establecer una distancia prudente entre ella y los colonialistas. Distribuye religiosamente aunque no siempre racionalmente, el pago que recibe por el uso de la posición estratégica del territorio. Los fenómenos de corrupción no afectan el erario público de forma directa y descarada. Además, tienden a operar la democracia liberal, las garantías individuales y los derechos sindicales, bases ideológicas de la accesión al poder de dichas burocracias.

Constituye un error grave pensar que las poblaciones que viven en dichas condiciones no aprecian la independencia política. En verdad en cualquiera de las islas mencionadas, el uso en la vida diaria de idiomas que no son los del colonizador parece indicar la preservación empecinada de modo privativo de vivir. Ya se mencionó que incluso en la diáspora estas poblaciones reproducen su forma de vida y no nos parece que existen evidencias de que su identidad nacional esté peligrando más que en los países independientes. Nos permitimos proponer que las poblaciones referidas solamente considerarían la independencia política si ella fuera capaz de asegurar un nivel de vida todavía más alto del que tienen.

En las colonias que se independizaron, los países de la Comunidad Caribeña (y Suriname) se produce un fenómeno similar al caso anterior en cuanto a las características de la distribución del ingreso y al respecto de la democracia liberal. Pero estos países (con excepción de Suriname) pertenecen a la Comunidad Británica. Su número añade un elemento más al poder de negociación que poseen en virtud de su situación política. La protección de los niveles de vida que consiguieron parece ubicarse en la manipulación colectiva de este poder incrementado de regateo. Ahí reside la fuerza y los alti-bajos de Caricom (y del CDCC).

Además sobre todo a partir de la Segunda Guerra mundial, la colusión de intereses entre Inglaterra y Estados Unidos no parece justificar que los británicos acepten demasiados sacrificios para asegurar una posición negociadora confortable en relación al país hegemónico. A diferencia de los demás colonialistas europeos, el imperio británico se vería así en la posibilidad de esquivar la necesidad de ir financiando las colonias devenidas inútiles para sus propios objetivos. Estas colonias a su vez al tener formas de conseguir colectivamente recursos de fuentes mejor dotadas que Inglaterra, se verían lógicamente evolucionando hacia la

"independencia".

Dentro de los países de la Comunidad Caribeña, Guyana y Belize heredaron ciertos problemas creados por Inglaterra en su expansión imperialista. Lo interesante y desde luego lo irritante para los países latinoamericanos afectados es la forma en que Belize sobre todo se defiende. Creemos que ahí se ejemplifica a la perfección la lógica del camino hacia la liberación nacional escogido por el Caribe. Según los beliceños todo acontece como si no son ellos los que tienen un conflicto con Guatemala. Se trataría de un asunto de Inglaterra y que le toca a Inglaterra resolver sin afectar los derechos de la población que trasplantó en dicho territorio. En otras palabras le toca a Gran Bretaña viabilizar la independencia política de Belice. En el plano práctico, los beliceños saben muy bien que unos 2000 soldados ingleses valen más que toda la población beliceña en una guerra fratricida en Guatemala. Es lamentable apuntarlo pero acontece que el asesinato de unas monjas norteamericanas en el Salvador no tuvo el mismo peso en la "opinión internacional" que la matanza no concluida de la población de este país. Sea como sea, hasta ahora la defensa de Belice no implica la militarización del país y el mantenimiento del orden no parece alejarse de las normas de la democracia burguesa. Guyana no siguió el mismo rumbo en la solución de su conflicto con Venezuela, pero cabe preguntarse si el ejército de este país tiene alguna importancia para la defensa del territorio nacional. Uno podría pensar que desde este punto de vista sería menos costoso utilizar a los ingleses para este trabajo.

En todos los tipos de países mencionados, incluyendo a Suriname se plantea el problema ya aludido de la migración fuera de la cuenca y para lo cual carecemos de un sólo conjunto de explicaciones. En el caso de las neo-colonias, la migración acompaña un deterioro en los niveles de vida; es concomitante con una mejoría en los niveles de vida en los países coloniales, que se hayan o no independizado); y finalmente se da en la Cuba socialista con una envergadura similar a la de los demás países. Se puede arguir que se debe a causas específicas para cada grupo de países; pero uno se encuentra todavía ante la necesidad de dar cuenta de la resistencia también generalizada a dejarse absorber por la sociedad receptora. Hay más, nos parece que cualquier investigación en que se indague sobre la nacionalidad de las personas oriundas del Caribe y que adoptaron la ciudadanía norteamericana, holandesa, canadiense, francesa o inglesa, revelaría que siguen, sin la menos preocupación identificándose con su tierra natal, cuando no con la tierra natal de sus padres.

Sea por la razón que sea, este fenómeno otorga una nueva dimensión a la situación caribeña y que la asemeja todavía más al caso judío. Los estados caribeños poseen aliados en las metrópolis, enarbolando



incluso la nacionalidad metropolitana. No controlan las comunicaciones de masa, ni el sistema financiero; pero toda la normalidad de la vida cotidiana en las grandes ciudades del norte del Atlántico depende de ellos: del metro a la higiene pública. No dialogan con las transnacionales pero con el pueblo común y corriente de las metrópolis, aquel que aprovechó menos de las aventuras imperialistas: i.e el negro norteamericano, el chicano, además de las otras minorías proletarizadas de mexicanos, colombianos, pakistaníes, indios, españoles etc. En la medida en que los caribeños no se integran en las metrópolis constituyen la avanzada de las fuerzas sociales de la región. Poseen junto con los mexicanos, los colombianos y los peruanos emigrados, una de las claves del bienestar y de la paz en América toda. Se ubican una vez más en un lugar estratégico, pero que parece destinado a integrar una geopolítica tercermundista.

7. Nuestra América en el Siglo XXI

En conclusión, nos parece que, a pesar de carecer de territorios amplios, de poblaciones numerosas y de recursos naturales extraordinarios, los países caribeños se encuentran, por su posición en la geopolítica mundial, con ciertas posibilidades de alcanzar y amparar niveles de vida relativamente satisfactorios. En su caso, carece de sentido lo que se entiende comúnmente por el desarrollo de las fuerzas productivas. La estrategia para la tercera década de desarrollo, diseñada durante una reunión convocada por la CEPAL en Barbados apunta atinadamente que en esta región, el desarrollo se define como la maximización de la capacidad negociadora del conjunto y de sus partes individuales.

Para entender y reconocer la lógica de esta posición es preciso poner en entredicho varias ideas sólidamente enraizadas en los medios intelectuales o al menos matizarlos. La historia reciente del Caribe parece sugerir tres reflexiones:

a) Hay que continuar la tarea iniciada por la teoría de la dependencia y reconocer las limitaciones de los estados nacionales en su manejo de una economía planetaria. Es difícil concebir la independencia del Caribe sin un apoyo de las clases dominadas metropolitanas.

b) La independencia política por sí sola no es un valor para todas las clases sociales. Hace falta recordar que una sociedad no precisa de clases dominantes y que el aparato estatal sirve a éstas en muchas ocasiones de dócil partera y de experimentada enfermera. En otras palabras, todas las "independencias políticas" no son saludables ya que pueden crear condiciones para el nacimiento (o el renacimiento) de oligarquías criollas más difíciles de combatir ideológica y políticamente que los colonialistas. La independencia política es sólo un medio (un camino) para asegurar mejoras sucesivas en la calidad de la vida. Tanto las sociedades coloniales como las demás deben fomentar ante todo la emergencia de los grupos mayoritarios y su participación en la solución de sus propios problemas.

c) Las grandes ciudades de los países industrializados son lugar real de la integración regional y deben ser un objeto privilegiado de estudios caribeños. En ellas los migrantes aportan sus conocimientos y su trabajo. El Estado que les acoge debe atender a sus demandas y los atenderá dentro de los marcos normales de las luchas de clase. Dichos migrantes demuestran al mismo tiempo una incuestionable lealtad nacional y desempeñan un papel importante en el mantenimiento de los niveles de vida de la región. Los estados caribeños deben ofrecer los servicios necesarios para asegurar ese aporte y lo acabarán haciendo para asegurar su poder de negociación con los países desarrollados.

Se puede afirmar sin temor que ningún estado del Caribe se atreve a ofrecer servicios a sus nacionales en el extranjero. La verdad es que,

hasta donde sabemos, no se percibe siquiera la necesidad de esta tarea. El presente trabajo no enfoca esta problemática, a lo sumo desea establecer que es urgente emprender acciones específicas y de cierta envergadura orientadas en este sentido.

Con todo quisiéramos señalar que si los migrantes son capaces de aceptar sacrificios que redundan en un alivio no sólo de las condiciones de vida de sus familiares cercanos, sino en un desahogo del malestar económico de la sociedad nacional en general, sería justo que ésta corresponda con su aporte si no fuera un simple cálculo de costo-beneficio. Los migrantes necesitan de ciertos servicios que la sociedad receptora no puede, y a veces no desea ofrecer: uno puede mencionar la asistencia legal en casos de conflicto con las autoridades migratorias, información sobre los derechos obrero-patronales y sobre los servicios sociales disponibles, organización del ocio y provisión de eventos culturales de la madre patria, información sobre los logros y crisis nacionales, la enseñanza en los idiomas maternos y provisión de materiales de lectura en los mismos, facilidades de turismo y de retornos temporales información sobre las costumbres y los hábitos de los metropolitanos y de las otras minorías étnicas que viven en la metrópoli...

Lo interesante es que dichas personas, al integrarse a la economía de mercado, están en condiciones de pagar por servicios, los cuales, además les ayudaría a establecerse con menos conflictos, proporcionándoles al mismo tiempo mayores razones no solamente para remitir fondos a su tierra natal, pero a interesarse en la problemática global de la negociación entre su país y las antiguas potencias coloniales.

La objeción inmediata que provocan estas ideas es que los gobiernos de la región por la fragilidad misma del sistema de negociación con las metrópolis no llevarán a cabo ninguna de estas medidas. Este argumento confunde la voluntad y la estructura política. Si los gobiernos no lo hacen, los estados lo harán. Se puede señalar como indicios de esta tendencia, el hecho de que ciertos líderes de partidos de oposición viajan a las metrópolis para solicitar el apoyo y los fondos de los migrantes. En otras palabras, la lógica misma del desarrollo caribeño implica la aceleración de los contactos con la diáspora y una praxis social susceptible de traer beneficios a los nacionales de ambos lados del mar. Se sugiere pues que no haría daño planificar este proceso.

De lograrse la cohesión de todos los caribeños dentro y fuera del área, y de lograrse una inserción más adecuada de los migrantes en la estructura de clases de las sociedades receptoras, se sigue que los términos de las relaciones norte-sur se encuentran ipso facto modificadas. Una mejor inserción

dentro de la estructura de clases metropolitana, implica un nuevo tipo de relación con América Latina y parecería que los migrantes mexicanos y colombianos se perfilan en el marco de estas reflexiones, como los intermediarios necesarios entre las dos regiones que componen el sub-continente.